

¿Cuán 'neolatina' ha sido Bolivia?

Josep M. Barnadas*

Hace ya cierto tiempo, y me temo que con escándalo de más de uno, me permití llamar la atención sobre un fenómeno, más que curioso, intrigante que es dado observar en la cultura boliviana: me refiero al des-cuido, indiferencia, desinterés y aun menosprecio (acaso el término del caso fuera el de 'incultura', en su mera etimología) de que es víctima todo lo que se suele englobar bajo la etiqueta "filología", como que en rigor de verdad hasta el día de hoy no puede decirse que en Bolivia exista nada parecido a aquella. No es éste el lugar ni es mi intención indagar por las causas que podrían dar cuenta de lo que sigo considerando una anomalía, particularmente cuando uno se toma la molestia de dar una mirada por lo que ha sucedido, al respecto, en la mayoría de los países sudamericanos; esa mirada comparativa tiene siquiera la virtud de echar por tierra tópicos a que con demasiada frecuencia se recurre, presentándolos como presuntas explicaciones, como los que nos hablan de la inestabilidad política e institucional, de la predominancia demográfica india o de la debilidad del sistema universitario (y a fe que no niego que todo eso y muchas cosas más, tenga que ver con aquella anomalía).

Que donde el latín fue desterrado, hace decenios, de las aulas por quienes se creían portaestandartes del progreso 'útil', no florezca la filología ni, más en general, las "humanidades", no deja de tener una profunda lógica y apunta a un tipo de causas que considero harto más certeras que aquellos manidos y omnipresentes lugares comunes. Si hurgáramos con suficiente seriedad, acaso viéramos que ahí anda de por medio nada menos que la cuestión de la identificación cultural del país. Porque pienso que debería ser diáfano para todos que del reconocimiento (y consecuente asunción) o no del componente latino en el paquete o patrimonio cultural local, depende lo que haya que hacer con aquel ingrediente histórico: si conviniéramos en que nunca pasó de cuerpo extraño, llegado desde el segundo tercio del siglo XVI con unos no menos extraños conquistadores, colonizadores y sus descendientes criollos, pero que una vez coasagrada la independencia de la metrópoli colonizadora aquel cuerpo extraño perdió toda razón de ser (¿como si Bolivia hubiera vuelto a ser la morada propia de los indios!), se podría entender que todo lo que vehiculó lo latino fuera tan desechable como la dependencia abolida (¿o sólo reemplazada por otra?); en cambio, si el más elemental sentido de la realidad nos dijera que las cosas no sucedieron de aquella manera ni adoptaron un esquema tan simple, bastando fijarse en la

* Josep M. Barnadas, Historiador, trabaja actualmente en Sucre en labores de investigación.

autoidentificación cultural personal real y no verbal ni doctrinaria de la totalidad de quienes —desde entonces hasta hoy— han terciado en este antiquísimo pero siempre redivivo contencioso americano, entonces aquellos denunciados desinterés e incultura cobran un poder enigmático verdaderamente apasionante.

Y entonces podría aparecer en sus dimensiones exactas la descomunal carga de a-historicidad que viene arrastrando el discurso hegemónico de la 'razón criolla': mientras, por un lado, en los hechos lleva cuatro siglos y medio tratando de reproducir la modernidad llegada del ultramar oriental, por otro, su discurso ideológico se ha ido alimentando sucesivamente de unos sucedáneos ajenos, en diversa medida, a sus históricas raíces modernas (primero fue el deslumbramiento ante las luces francesas; luego quiso imitar y aclimatar el pragmatismo y el 'sentido común' británicos; ya en nuestro siglo, quedó encandilada por el dinamismo estadounidense; finalmente, llegó el evangelio de la utopía soviética).

Nada de esto, sin embargo, podría oscurecer el hecho de que una cosa es elucubrar sobre cuál de esas propuestas merece mayor credibilidad, y otra muy diferente es querer dar por legítimo e históricamente viable el compatibilizar la adhesión real a cualquiera de ellas con la reivindicación declamatoria (y sólo a efectos de confrontación ante el 'norte') de una identidad autóctona, indígena, andina o como se la quiera llamar. Y esto es lo que me parece literalmente paranoico en un grado preocupante (no descubro Titiqaqas: Francovich ha hablado de ello en *Los mitos profundos de Bolivia*).

Mientras los hechos sigan atestiguando inevitablemente que también en Bolivia el paquete cultural de los conquistadores y colonos se incorporó —y ha venido determinando, hasta hoy, en forma hegemónica— los destinos de quienes vivimos en este trozo del planeta, no puede dejar de parecerme una pasmosa aberración empeñarse en poner en paréntesis la cultura colonial como si no hubiese existido (con argumentos de una 'finura' y de una 'precisión' tan deslumbrantes como que en una situación colonial está de más hablar de cultura, argumento que no va en zaga a aquella solemne majadería del señor Hegel según la cual "la esclavitud no tiene historia", ¡majadería que por acá parece tener no pocas adeptos!).

Y esto, más en concreto, significa dar las espaldas a una de sus manifestaciones: el conglomerado de ideas, manifestaciones, léxico, creencias, ideales y debilidades que, arrancando de la ecumene romana, plasmó el medioevo cristiano europeo, de 1500 para acá llegó a lo que algunos dan en denominar el 'tercer mundo', de la mano de la gran expansión colonial de Europa.

Que en el caso de Bolivia el latín forma parte del paquete cultural que ha marcado, primero dentro del contexto colonial y después del republicano, la existencia y la identidad colectivas, sólo un ignorante podría negarlo; y es otra perogrullada afirmar que, siendo la lengua española—implantada con y dentro de la general implantación colonial castellano española— una lengua derivada del latín, su cultivo filológico es y será una veleidad sin la congrua familiaridad con la matriz que le dio vida.

Pero hay algo todavía más elemental: con latín o sin latín, con filología latina o sin ella, ¿por qué nunca ha arraigado algún tipo de tradición filológica en Bolivia? A título de simple hipótesis me gustaría apuntar lo siguiente: quizás no sea ajena a esta ausencia filológica absoluta aquel ahistórico y ahistorizante distanciamiento (¡y aun negación!) por parte criolla y mestiza de la propia identidad cultural; haciendo abstracción de lo único que podría dar razón de su personalidad colectiva, renunciaba—literal, pero sólo programáticamente— al único pasado de que disponía; y parece difícil esperar de quien se ha amputado del pasado (o de una de sus parcelas) que se dedique a estudiarlo y, menos todavía, a estudiarlo *con amor*.

Pero, además, esta amputación resulta superlativamente trágica (y hasta tragicómica, si se le añade la petulancia de que a menudo va acompañada) cuando la renuncia viene desmentida en quienes la practican, por la casi totalidad de sus actos cotidianos, que sólo encuentran explicación natural en aquel pasado doctrinariamente suprimido. Si convenimos en que la filología es el trato amoroso con los textos y con el mundo en que nacieron, y si la 'razón criolla' ha excomulgado el pasado que les contiene, ya empiezan ser más plausible la inexistencia filológica boliviana. (Dejo ahora de lado los matices que todavía pedirían aclaración, porque los hay).

* * *



Todo lo dicho viene a la mente cuando uno trata de explicarse la extrañeza que pueda causar en cualquier persona 'culto' de Bolivia un comentario dedicado a lo que por el mundo se conoce como "neolatín" (y por esta primera vez entrecorriendo la palabrita, para levantar acta de aquella extrañeza). Y pasan por estudios neolatinos los consagrados a aquella parcela de los textos latinos que han ido surgiendo desde el Humanismo, es decir desde aproximadamente el siglo XIV, época de Dante y Petrarca, hasta nuestros mismos días. Entre los centros universitarios que cultivan con mayor fervor este fragmento de las Humanidades figura el flamenco de Lovaina: allí se publica uno de los órganos más afamados de esta especialidad, el anuario titulado *Humanistica Lovaniensia*, que anda ya por la cuarentena de volúmenes. Y el núcleo lovaniense tiene actualmente por artífice el profesor Jozef Ijsewijn, capitán del *Seminarium Philologiae Humanisticae*.

Este profesor ha publicado recientemente el primer volumen de la segunda edición, muy ampliada, de su *Companion to Neo-Latin Studies* (Lovaina, 1990, XII + 370 págs.). En lo que sigue, quisiera darlo a conocer también entre nosotros, aprovechando la ocasión para señalar al paso algunos puntos discutibles o simplemente erróneos.

La primera edición de este 'azarillo' o vademécum había aparecido, en un solo volumen, en Amsterdam el año 1977; ahora se nos prometen dos, de los que el primero, que da origen a este comentario, abarca la historia y difusión de la literatura neolatina por el mundo, aunque, en realidad, para Ijsewijn su 'historia' consiste en su 'difusión': basta echar una mirada por el índice para encontrar que, tras un capítulo dedicado a delimitar cronológicamente los latinos "clásico", "medieval" y "neo" (pp. 1-38), mientras el apartado destinado a la "historia de la literatura neolatina" sólo comprende las páginas 41-53, el que se ocupa de la "difusión del neolatín por el mundo" llena las páginas 54-327, que es tanto como decir... todo el libro!

La disposición y orden internos de este plato fuerte de la obra es sencillamente político-geográfico: por continentes y, dentro de cada uno de ellos, por los actuales Estados, lo que no deja de plantear más de un problema de clasificación y adscripción de los autores, a causa de la maleable movilidad de las unidades políticas y de la vida un poco gitana de un número no despreciable de autores neolatinos; pero nadie le puede discutir la comodidad global del procedimiento, que se ajusta —por lo demás— a una buena parte del funcionamiento de la investigación neolatina.

Por lo que toca a América, encontramos sendos acápites para Canadá, EE. UU., Jamaica, Hispanoamérica y Brasil. Su importancia más bien modesta se pone de manifiesto si nos fijamos en el

espacio que ocupa: veintisiete páginas (mientras Asia se lleva diez, y África, apenas un poco más de tres); y si de este total miramos los que corresponden a la América hispana, éstas no pasan de un poco más de once! Para efectos comparativos: a Italia y Córcega se les dedican veintiocho páginas y media; a España, catorce; a Portugal, ocho y media; a los Países Bajos, quince y media; a Checoslovaquia, diez y media; a Hungría, nueve, etc.

Las cifras poseen una fría elocuencia: pudiendo, como podemos, aceptar que los volúmenes aquí visibles reflejan con suficiente fidelidad dos tipos de realidades mutuamente influenciadas (la *histórica* de la producción literaria, y la *historiográfica* de los estudios neolatinos, perfectamente detectable esta última en la bibliografía sistematizada que cierra cada apartado geopolítico o estatal), se perfila con meridiana claridad una cartografía de la enormemente desigual 'latinización' y 'neolatinización' del mundo (y hay que ver, desde esta perspectiva por supuesto, lo que se ha dicho al comienzo de este comentario acerca de la constitución cultural boliviana). Y sea éste el momento para hacer caer en la cuenta de que el fenómeno literario neolatino trasciende en mucho el fenómeno lingüístico románico (que, complicando las cosas, en algunos lugares y contexto también se denomina "neolatino"): basta con comprobar el vigor del neolatín en países como Alemania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia o Gran Bretaña, ajenos todos ellos al mencionado ámbito lingüístico. La explicación reside en la peculiar 'doble vida' lingüística que, digamos entre 1400 y 1800, llevó la élite culta de aquellos países (y no menos la de los países románicos): mientras las respectivas 'lenguas vulgares' servían para la vida familiar y cotidiana, el latín era el (más exactamente, uno de ellos) vehículo internacional de comunicación cultural.

Pero hilemos un poco más fino. Veamos los desniveles dentro del mismo espacio excolonial castellano-español: México se lleva la tajada del león con tres páginas, Colombia y Ecuador apenas si superan la media página cada uno; y Argentina cuenta con sólo tres cuartos de página, mientras que a Paraguay y Chile no se les conceden más de tres o cuatro líneas.

Y así llegamos a Bolivia: de la mano del Perú ambos países ocupan algo más de una página. Los autores neolatinos mencionados son: José de Acosta, Juan Solórzano Pereira, Diego de Avendaño, Cipriano de Herrera, P. (pero debe ser Joaquín) Caamaño, Francisco Javier Eder y José Ignacio Rodríguez. Teniendo en cuenta los factores determinantes ya mencionados del espacio concedido a cada unidad histórica (y muy en especial la anemia de los estudios neolatinos tanto en Perú como en Bolivia), parece que nadie puede quejarse de Ijsewijn. En

efecto, siendo Acosta y Avendaño figuras que hoy pueden 'apropiarse' tanto peruanos como bolivianos, y añadiéndole el par de misioneros Eder (de Mojos) y Caamaño (de Chiquitos), encuentro que Bolivia hace un acto de presencia incluso superior a lo que cabía esperar de un repertorio mundial.

* * *

Esto no obsta, y es más bien natural, a que desde Bolivia (a pesar de que no existe ningún estudio dedicado específicamente a su literatura neolatina), se le puedan hacer algunas adiciones. El hecho de que Ijsewijn me tenga comprometido *sine die* para *Humanistica Lovaniensia* un artículo cabalmente sobre "el latín en Bolivia", me lleva a añadir algunas observaciones que me gustaría tomara como anticipo de aquel trabajo.

Debemos partir de dos tales, fuera de las cuales sólo cabría esperar despropósitos: 1ª la tradición neolatina boliviana es más bien marginal, y esto no solamente en relación a las de otros países hispanoamericanos, sino también en relación a la propia literatura escrita en español; 2ª esta escasa literatura neolatina boliviana existente nació en su inmensa mayoría durante el período colonial, pues las piezas neolatinas generadas después de la inde-

pendencia son flores doblemente perdidas y prácticamente invisibles dentro del panorama literario general. Por tanto, no cabe esperar interminables listas de autores y obras escritas en latín. Dicho esto, paso a registrar algunos autores que entre mediados del siglo XVI y comienzos del XX estuvieron vinculados, primero con Charcas y después con Bolivia, y de los que tenemos constancia produjeron algo en latín.

Del siglo XVI es de obligada mención siquiera el jurista vallisoletano, oidor de la Audiencia de Charcas, Juan de matienzo, cuyos *Commentaria... in librum quintum recollectionis legum Hispaniae* (Madrid, 1580) pueden pasar por una muestra de la cultura latina de un funcionario colonial en la época de oro del Humanismo carolino.

El siglo XVII se nos muestra más generoso, reflejando el estado maduro de la sociedad colonial: Luis de Ribera y Colindres, sevillano, firmaba en La Plata un alegato latino sobre el gobierno arbitrario del Perú (1622), noticia aducida por J. T. Medina, pero de la que no queda claro si se imprimió ni, de ser así, dónde hay ejemplares; en 1629 se celebró, también en la capital charqueña, el I Concilio Platense, cuyas constituciones se redactaron por esta sola vez en latín y que sólo se han impreso en 1964; Gaspar de Escalona y Agüero, chuquisaqueño de nacimiento y funcionario colonial de dilatada y movida carrera, nos ha dejado su *Arcae limensis*



Gazophilatium Regium Perubicum... (Madrid, 1647; 1675), interesante muestra —en su primera parte latina— de la lengua administrativa aplicada a temas fiscales; Pedro de Frasso publicó —siendo fiscal de la Audiencia— su tratado *De regio Patronatu...* (Madrid, 1677), pieza en cuyos prolegómenos también nos es dado encontrar varias cartas laudatorias latinas de amigos del autor, suscritas asimismo en la capital de Charcas; y para terminar, el latín escolástico se encuentra bien representado en los tres volúmenes del *Cursus philosophicus...* (Sevilla, 1701) y en los cinco de las *Tractationes posthumae in primam partem Divi Thomae...* (Córdoba, 1731)

del jesuita José de Aguilar, profesor en la Universidad de San Francisco Xavier de La Plata.

El siglo XVIII también se muestra avaro con el neolatín: del misionero jesuita alemán Wolfgang Bayer, vuelto a su patria como efecto de la expulsión decretada por Carlos III, publicó allí Christian G. Murr una *Concio de Passione D. N. J. C. in lingua Aymarensi Indica...*, de cuyo texto latino ni siquiera sabemos si es del propio Bayer. Fuera de esto, acaso tuviéramos que hurgar los diarios inéditos del naturalista bohemio Thaddäus Haenke, inextricable mezcla de latín, alemán, francés y español; o recordar la etapa nativa catalana del postrer arzobispo platense, el humanista benedictino Benet M. de Moixó i de Francoll, catedrático de la Universidad de Cervera y autor de varias obras históricas y filosóficas latinas. Pero ambos casos vienen más bien a demostrar que la gente oriunda de

Charcas no sentía inclinación o no tenía ocasión ni necesidad de recurrir al latín para dar a conocer sus inquietudes. A fin de cuentas, el caso de Charcas nos enseña que la ecumene colonial hispanoamericana presenta un escaso grado de integración en la comunidad científica e intelectual europeos, fenómeno en que jugaron un peso determinante, entre otros factores, las distancias.

En estas circunstancias, nadie que conozca algo de cómo se enderezaron (o torcieron) las cosas durante el primer siglo republicano podrá extrañarse de que en Bolivia el cultivo creativo del latín, o simplemente su uso instrumental, resulten sólo visibles para quien se ponga a buscarlos. Mencionaré tres casos. El primero es el del sacerdote tarijeño Sebastián Ruyloba quien, aunque latinista de renombre, el 18 de agosto de 1825 prefirió recurrir al griego para saludar la llegada del libertador Simón Bolívar a La Paz, quien no dejó de manifestar su asombro ante un gesto en el que no podía pasar desapercibido lo que tenía de extravagancia. El segundo es el del también eclesiástico José Manuel Loza, autor de una anónima *Oda Heroica en memoria de los constantes esfuerzos del Alto Perú durante la Guerra de los 15 años...* (La Paz, 1841, texto latino-español), reimpresa ya con su nombre bajo el título *Canto lírico en memoria...* (La Paz, 1855), donde también aparece el autar de la versión española, que lo fue

Remigio Zelada. El tercero pertenece al clero cruceño: Manuel Jesús Lara y José Leoncio Michelín fueron dos profesores del Seminario de Santa Cruz que destacaron por su fervor latino. Todos del siglo XIX o comienzos del XX. Después... nan, que yo sepa.

* * *

Quisiera acabar esta nota con algunas correcciones o sugerencias. Las primeras se refieren al ámbito americano. Si bien el prof. Ijsewijn me hace el honor —que le agradezco— de dar un espacio visible al misionero Eder valiéndose de mi traducción española (Cochabamba, 1985), no puedo dejar de señalarle algunos datos claramente erróneos o que pueden prestarse a inexactitudes. Y sea lo primero la definición nacional de Eder como "*Slovak Jesuit*" (pp. 235 y 302), cuando en mi introducción he dejado claramente establecido que es de stirpe y de cultura alemanas (modernamente el grupo se autodefine como "*Karpatendeutsche*"); da como título de su obra, una vez *Descriptio Provinciae Moxitarum...* (p. 235) y otra *Descriptionis Provinciae Moxitarum...* (p. 302), cuando la verdad es *Brevis descriptio Provinciae Moxitarum...*; tampoco acierta cuando dice que la obra de Eder tiene importancia esencial "*for the history and ethnography of the Lake Titicaca area*" (p. 235), error corregido sólo a medias cuando repite que Eder "*described the Mojos region North of Lake Titicaca*" (p. 302). Basta tener delante un mapa de Mojos para ver que no se encuentra precisamente al norte del Titicaca.

Al hablar de la Argentina y Paraguay, Ijsewijn comete una omisión de bulto al callar en absoluto sobre la obra literaria del jesuita catalán Josep Manuel Peremàs i Guarró (Mataró 1732 - Faenza 1793), transmisor en Indias de la tradición y del espíritu humanista que animaron los jesuitas y otros en Cervera: profesor en la Universidad jesuítica de Córdoba del Tucumán y autor, en el exilio italiano, de cuatro obras latinas notables: *Annus patiens sive ephemerides quibus continetur iter annum Jesuitarum...* (varias ediciones, con o sin traducción, en el siglo XIX); el poema épico *De invento Novo Orbe inductoque illuc Christi sacrificio Libri tres...* (Faenza, 1787); y las dos series de biografías de cofrades misioneros paraguayos (algunos, en las reducciones de Chiquitos, situadas en Charcas): *De vita et moribus sex sacerdotum paraguaycorum* (Faenza, 1791) y *De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum* (Faenza, 1793).

Y pasando a la literatura neolatina ibérica, tampoco quiero dejar de señalar dos observaciones relacionadas con dos humanistas catalanes (aunque, cada uno en su época, profundamente integrados en la vida española). Del primero, Ijsewijn no dice nada: se trata de Joan Cristòfol Calbet d'estrella



(Sabadell?, ? - Salamanca 1593), típico 'escribidor' áulico, pero cuyo latín —en verso y en prosa— posee una tersura y una pureza que le conquistan un lugar entre los mejores neolatinistas peninsulares coetáneos; y no se puede olvidar que entre su amplia producción figura (aunque se ha conservado incompleta) la obra *De rebus Indicis* (Madrid, 1950), centrada en la conquista y primeros años de vida colonial del Perú.

Del segundo, Gregori Maians i Siscar (Oliva 1699 - Valencia 1781), sí habla, pero mostrándose más bien parco, pues sólo lo menciona como editor de las obras completas de su compatriota Joan Lluís Vives (p.111; en el índice debe corregirse su transformación en "*Georgius*"). En verdad, Maians tiene una obra erudita histórica, humanística y jurídica mucho más amplia y ponderable. Mencionaré sólo una muestra de cada una de esas disciplinas: *Emmanuelis Martini Ecclesiae Alonensis Decani vita...* (Madrid, 1735; Amsterdam, 1738); *Tullius: sive de coniungenda latinitate cum doctrina et eloquentia libri quadraginta* (Valencia, 1768; Hamburgo, 1770); *Disputationes Juris...* (La Haya, 1752). Y se impone señalar dos circunstancias que todavía hacen menos justificable la cicatería con que el *Companion* trata a Maians: por un lado, que fue un erudito plenamente inserto en las redes europeas (y bastarían para probarlo las numerosas (re) ediciones de sus obras en diversísimas ciudades de Europa); por otro, que en este caso Ijsewijn contaba con información historiográfica moderna y sintética: me contentaré con mencionar la monografía de V. Peset, *Gregori Maians i la cultura de la Il·lustració* (Barcelona, 1975), donde figura una bibliografía maiansiana bastante completa (pp. 472-479).

* * *

Para acabar desearía aludir al problema, familiar para quienquiera haya hecho alguna incursión en la temática del libro de Ijsewijn: estoy pensando en lo difícil que es hacer justicia a la antropología humanística. Si, por definición, aquellos autores escribían en latín y se empeñaban en seguir viviendo en un mundo más o menos imaginario en el que el latín funcionaba como una lengua viva de cultura, parece que sólo quien hable de ellos dejando sus nombres y apellidos y los nombres de lugar relacionados con ellos latinizados, se encuentra a salvo de las críticas de tirios y troyanos; en efecto, para nadie es un secreto que las entidades políticas europeas (nacionales o plurinacionales) han sufrido tantas reformulaciones, ni que el itinerario vital de muchos de aquellos autores resulta apreciablemente movido. El *Companion* de Ijsewijn no ha podido eludir el planteamiento del problema ni aun la proposición de criterios teóricos (pp. 39-40, 148, 177-178, 214,

223, 228, 239-240, 263...), que el lector puede aceptar, en unos casos como obviedades y, en otros, como soluciones razonables; no me parece, en cambio, tan satisfactoria la aplicación que hace de algunos de aquellos criterios.

Vemos, por ejemplo, la disparidad entre las soluciones empleadas tratándose de autores del territorio estatal actualmente español, en quienes predomina una latinización casi sistemática ("Aelius Antonius Nebrissensis", "Petrus Michael Carbonellus", "Joannes Ludovicus Vives", "Benedictus Arias Montanus", etc.), con unas pocas formas bilingües ("Antoniu Augustinus/Agustín") o ambiguas ("J. L. Vives") y las que sin ir más lejos aplica a los portugueses, donde fluctúa entre la latinización ("Henricus Caiadus", "Hieronymus Osorius", "Emmanuel Constantinus"...) y la lusización, total ("Manuel da Conceição", "Cristovão da Silveira"...) o parcial ("Thomas Correa", "Antonius Cordeiro", "Iosephus de Assumpção"...), pasando todavía por otras formas híbridas ("Stephanus Myles/Cavaleiro", "Petrius Sanctius/Pedro Sanchez", "Jacobus Tevius/Teive", "Ludovicus Crucius/De la Cruz"...) o, finalmente, 'salomónicas' ("L. Camoes", "A. L. Dos santos Valente"...). Imagino que este muestrario de titubeos podría aumentarse con sólo espigar en otros ámbitos culturales.



Los problemas para el lector del *Companion* empiezan cuando éste quiere o debe abandonar la latinización, empleando las formas de nombres, apellidos y lugares propios de los dominios lingüísticos 'nacionales' —estatales o no!— de cada autor (no olvidemos que la bibliografía práctica —en la inmensa mayoría de los casos—, un criterio lingüísticamente 'nacionalizado'). Dando por un hecho consumado el repudio fáctico de la latinización, me parece que sólo la defensa de la inmutabilidad de la onomástica originaria puede evitar la proliferación de caóticos galimatías.

Volviendo al caso 'español', hay razones para impugnar la españolización de la onomástica humanística. Ijsewijn sabe muy bien de la existencia de "Catalonia", no sólo como un ámbito lingüístico propio dentro de la Romania, sino también como entidad política (deja testimonio de ello su presencia en el índice y las repetidas identificaciones de autores como "catalan"); al optar por la latinización parecería que queda a salvo de toda beligerancia ante las situaciones conflictivas (como lo es, sin duda, la española, entre otras muchas europeas), pero no tanto como para que la españolización a mansalva no asome cuando en la p. 31 nos habla de un "Juan Luis Vives"! Sea como fuere, puede interesar al lector desinformado conocer las formas correspondientes a los autores catalanes mencionados en el *Companion* (pp. 104-113 y 119): Pere Miquel Carbonell, Joan Lluís Vives, Tomàs Serrano, Josep de Pueio, Joan Montaner, Jaume Romanya, Andreu Sempere, Francesc d'Assió (o de Sió), Josep Manuel Minyana, Gregori Maians, Tomàs Vinyes, Manuel Jover, Josep M. Mir y Pere Perpinyà. Y dejo para mejor entendidos la solución de los casos de aquellos autores cuya vida ha transcurrido sucesivamente por diversos ámbitos culturales, siendo intrínsecamente controvertible su identificación 'nacional'.

Fuera ya del ámbito ibérico y americano, encuentro ni hablar de Checoslovaquia Ijsewijn introduce el término "Czechia", unas veces solo (pp. 232 y 233) y otras en el binomio "Bohemia (Czechia)" (pp. 228, 352), término inédito —a lo que sé— y que no figura, por ejemplo, en el *Webster's New World Dictionary*. No acabo de entender si con ello ha querido anglizar la ambivalencia semántica de la voz checa "cesky" (que tanto puede referirse a "bohémio" como a "checo"), o latinizar la raíz inglesa "Czech-", que ya carece de aquella ambigüedad. Como neologismo no me parece muy feliz: piénsese por un segundo en las pronunciaciões que le puede dar cualquier lector no anglófono! Y es que, a fin de cuentas, no creo que necesitara de ningún añadido la etiqueta "Bohemia", esa sí del más respetable cuño histórico y que, además, tiene la ventaja de abarcar a los neolatinos tanto checos como alemanes (o a los que, de repente, se sentían simplemente "bohémios") del reino homónimo.

* * *

Nada de lo que aquí he puntualizado o debatido en la realización de este primer volumen de la nueva andadura del *Companion* de Ijsewijn podría disminuir en un ápice sus merecimientos ni el inmenso esfuerzo desplegado; se trata de problemas comunes a todos los que transitan por estos temas, o de lagunas comprensibles en una obra de alcance geográfico tan vasto como ésta. En realidad, es el instrumento imprescindible para quienes quieran adentrarse y circular por esta pequeña selva neolatina. Y todavía lo será más cuando tengamos el que le ha de seguir, que estará dedicado a estudiar los diversos géneros literarios y sus variedades lingüísticas, estilísticas y métricas, así como los problemas editoriales y bibliográficos que conlleva. Al redactar esta nota he deseado que desde la lejana Bolivia andina llegue también al autor un modesto eco de aprecio y de enhorabuena por su esfuerzo; también, la disponibilidad para prestarle cualquier tipo de colaboración que pudiere necesitar ●

Sucre, septiembre 1991 - agosto 1992

